



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LA PEREGRINACIÓN DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SPOLETO-NORCIA

*Aula Pablo VI
Sábado, 20 de mayo de 2023*

[[Multimedia](#)]

Queridos hermanos y hermanas, hermanitos, hermanitas, todos: ¡bienvenidos!

Os doy la bienvenida y os doy las gracias por haber venido en peregrinación a Roma en el Año jubilar que estáis viviendo por el aniversario de la dedicación de la catedral de Santa María Asunta, en Spoleto.

Sé que su fachada, que ha aparecido en la televisión muchas veces en los últimos años, se ha vuelto familiar para todos los italianos. Pero sobre todo sé que es una iglesia muy bonita. La belleza atrae, y me gustaría decirles algo sobre la *belleza*. Porque comunicar la fe es ante todo una cuestión de belleza. Pero la belleza no se explica, se muestra, se hace ver; no se puede convencer de la belleza, es necesario *testimoniarla*. Por eso, en la Iglesia lo que se testimonia es más importante que lo que se predica. Y vuestra catedral, con sus magníficas capillas, custodia historias de vida y de fe, encierra santidad y belleza. Es un testimonio de historia, de vida, de belleza, de santidad.

Ciertamente, es una belleza que hay que buscar, que hay que sacar a la luz, como hace un restaurador cuando redescubre los colores de un fresco antiguo. Así es en la Iglesia, donde lo que no aparece a los ojos es más valioso que lo que se ve: la oración, la caridad hecha a escondidas, la fuerza del perdón no van a la primera página; así también los sacrificios de los pastores, la vida de tantos “santos de la puerta de al lado”, el testimonio de los padres, de las familias, de los ancianos... Os deseo que seáis *descubridores de belleza*, buscadores de los tesoros de la fe; que no os detengáis en la superficie de las cosas, sino que veáis más allá,

apreciando y abrazando el patrimonio de santidad y servicio que es la riqueza de la Iglesia. Y también de acrecentarlo, porque la fe no puede permanecer como un recuerdo del pasado, algo “museístico”, no; sino que revive siempre en la alegría del Evangelio, en la comunidad hecha de personas, en la asamblea de cuantos experimentan la misericordia y se reconocen por gracia hermanos y hermanas amados por Dios.

Buscar la belleza es ir al corazón de las cosas, no a la apariencia. En la Iglesia ya no es tiempo de concentrarse en aspectos secundarios, aspectos exteriores; es tiempo de mirar a la comunidad de los orígenes y de centrarse en las verdaderas prioridades, que son la oración, la caridad y el anuncio. Sé que os estáis esforzando por dar vida a una acción apostólica más genuina. Renovar la pastoral requiere opciones, y las opciones deben partir de lo que más importa. No tengáis miedo de actualizar las modalidades de la evangelización, la catequesis, el ministerio del párroco y el servicio de los agentes pastorales, para pasar de una pastoral de conservación, donde se espera que la gente venga, a una pastoral misionera, donde se entrena para dilatar el corazón al anuncio, saliendo de las “introversiones pastorales”. Cuando el corazón no se queda cerrado y triste rumiando las cosas que no van, sino que se abre, como sucede en un sacerdote que se entrega por su gente, en una familia que genera vida, en un joven que elige no pensar sólo en divertirse sino en involucrarse por Dios y por los demás, entonces el Evangelio pasa de modo genuino, a través de *la belleza del testimonio*. Recordémoslo siempre: el testimonio de la vida comunica la belleza de la fe. El testimonio de la vida comunica la belleza de la fe. “Pero mira, estudia, qué bella es nuestra fe...” — “Yo no la entiendo, no la veo. Yo la veo en el testimonio de los cristianos”. Si yo me llamo cristiano y doy testimonio de no cristiano o de mundano, no sirve de nada. Hay coherencia entre lo que creo y cómo vivo lo que creo: esta coherencia se necesita tanto.

Además de la belleza, quisiera compartir con vosotros una segunda palabra que creo que os afecta de modo particular. La palabra es *intercesión*. Vuestra catedral, dedicada a la Madre de Dios, tiene su efigie más representativa en el «Santísimo icono». Esta imagen representa a la Virgen con las manos en alto, intercediendo por nosotros: “intercesora”. Y es “un icono que habla”: de hecho, su rótulo da voz a la imagen. Lo hace a través de un diálogo entre Jesús y su Madre, un diálogo casi dramático, con Cristo que dice: «¿Qué pides, oh María?», y Ella responde: «La salvación de los vivientes». Él responde: «Pero provocan indignación». Y ella: “Compadécete de ellos, hijo mío”. Él: «¡Pero no se convierten!», y Ella: «Y tú sálvalos por gracia». Es con esta intercesión que la Virgen toca el corazón de su Hijo. Y no es una imagen poética, es la verdad. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, decimos en el Ave María. Y ella reza por nosotros. Nosotros le pedimos que rece por nosotros y ella lo hace, ella habla al Hijo. La intercesión tiene como una dimensión interesante, es llevar a los demás ante el Señor, luchar con Él a través de la oración, sabiendo insistir, no sólo y no tanto por nuestros amigos y por las personas queridas, como se hace habitualmente, sino sobre todo por quien está lejos, por quien no es de los nuestros, por quien nos critica, por quien no conoce el amor de Dios. Una Iglesia que intercede, reza por los demás, que lleva el mundo al Señor sin volverse mundana, es una Iglesia

siempre viva, siempre vivaz, siempre bella. Cuántas veces, en cambio, serpentea también entre nosotros el virus de la queja, porque “las cosas que no van son muchas”, “los tiempos pasados eran mejores”, “el párroco de antes era mejor”, y esta música de lamentarse. La queja es una cosa amarga, fea, ¿sabes? ¿Eso te parece dulce? No. Amarga el corazón, la queja. Y santa Teresa, que era buena, sabía conducir, decía: «Ay de los que se quejan y dicen: “Me han hecho una injusticia”». Ay de ellos. Porque los quejumbrosos son como aquellas mujeres que en otro tiempo iban a llorar a los funerales, delante del muerto. Y lloraban, lloraban... su trabajo era quejarse y llorar. Mal oficio y mala figura de la persona que vive quejándose todo el tiempo. El cristiano no puede dejarse atrapar en los lazos de esta mundanidad cansada y enervante, sino que está llamado a redescubrir la belleza que ha recibido por gracia y a interceder, es decir, a atraer la belleza hacia los demás.

Queridos hermanos y hermanas, que este jubileo os ayude a consolidar las raíces, de modo que vosotros, del valle de Spoleto y de los montes de Norcia, desde vuestra basílica secular, siguiendo la escuela de María y de vuestro patrono el mártir san Ponciano, podáis alegraros por la belleza del amor de Dios y del ser Iglesia, y sentir os llamados a interceder. Esto os deseo mientras de corazón os bendigo. Y os pido un favor: deteniéndoos en la catedral de Spoleto junto al Santísimo Icono, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.